



Fin del Reino Unido: Los líderes celtas planean una ruptura histórica, mientras Trump aviva las llamas en Irlanda.

Posted on Septiembre 17, 2026

Por primera vez, los primeros ministros de Escocia, Gales e Irlanda del Norte impulsan conjuntamente la disolución del Reino Unido. El pacto de Cardiff, sumado al apoyo público de Trump a la reunificación irlandesa, plantea serias dudas sobre el futuro de Gran Bretaña, la posición nuclear de la OTAN y el doble rasero occidental en materia de autodeterminación.

Por Uriel Araujo.

Los estados-nación y los imperios no son entidades eternas ni naturales. Surgen y desaparecen, como sucedió con Roma, y más recientemente con la Unión Soviética y Yugoslavia. El Reino Unido no es una excepción.

En un hecho sin precedentes esta semana, los primeros ministros de Escocia, Gales e Irlanda del Norte representan a partidos que desean que sus naciones celtas se separen de Inglaterra y del Reino Unido.

El 14 de septiembre de 2026, el primer ministro escocés John Swinney , el primer ministro galés Rhun ap Iorwerth y la primera ministra de Irlanda del Norte Michelle O'Neill firmaron (como líderes de sus respectivos partidos) un memorando de entendimiento en Cardiff junto a la presidenta del Sinn Féin, Mary Lou McDonald . Declararon que el tiempo de Westminster está " llegando a su fin " e instaron a Londres a prepararse para una reforma constitucional. Swinney, primer ministro de Escocia, aboga por un referéndum de independencia para 2031 .

Así pues, por primera vez desde la descentralización , las tres naciones cuentan con líderes comprometidos con la independencia o la reunificación irlandesa. Swinney, de Escocia, predijo que el actual primer ministro británico, Andy Burnham, sería el último representante del Reino Unido. El pacto hace hincapié en la autodeterminación y un futuro vinculado a la Unión Europea (UE).

En 2022, tras la muerte de la reina Isabel II, comenté que el mayor desafío del rey Carlos III sería mantener unido al Reino Unido en medio de las tensiones posteriores al Brexit y la menor popularidad de la familia real.

Para entonces, el Brexit ya había reavivado los llamamientos a la reunificación irlandesa al crear una frontera en el mar de Irlanda en virtud del Protocolo de Irlanda del Norte, lo que dejó a los unionistas de la zona con una sensación de abandono. Esas tensiones nunca han desaparecido del todo.

Por lo tanto, la disolución total del Reino es lo suficientemente realista como para ser una posibilidad constitucional seria, aunque no es ni inminente ni inevitable.

Escocia sigue siendo el caso más avanzado para la secesión formal. Irlanda del Norte podría, en virtud del Acuerdo de Viernes Santo, celebrar un referéndum sobre la reunificación en la frontera, si el gobierno británico considera probable obtener una mayoría. Gales se encuentra en una situación política menos avanzada en este sentido.

Lo cierto es que Londres aún puede resistir política y legalmente, pero no puede bloquear indefinidamente una demanda duradera y expresada democráticamente sin agravar su propia crisis de legitimidad.

Una ruptura británica reduciría el peso demográfico, económico y diplomático de Londres. Complicaría la defensa, las bases nucleares, el intercambio de inteligencia y la posición global de Inglaterra.

Una Escocia independiente podría buscar una mayor integración europea. La reunificación irlandesa, a su vez, incorporaría al Norte a un Estado unificado dentro del marco de la UE.

La cuestión nuclear en sí misma es suficientemente grave. Los submarinos Trident británicos y su infraestructura de apoyo se encuentran en Faslane y Coulport, Escocia. Un escenario de independencia

escocesa obligaría a realizar negociaciones difíciles sobre la contribución disuasoria del Reino Unido a la OTAN.

Su reubicación llevaría años y costaría muy caro. El propio Gobierno escocés afirma que una Escocia independiente probablemente buscaría la adhesión a la OTAN, aunque su postura antinuclear genera una tensión evidente.

La incorporación de Irlanda del Norte a una Irlanda unificada supondría, a su vez, la posible eliminación de territorio de la zona de influencia de la OTAN, dado que la República de Irlanda permanece fuera de la Alianza.

El resultado no sería el fin de la OTAN, sino una arquitectura del Atlántico Norte reconfigurada: un Reino más pequeño, pero aún atlantista; una Escocia potencialmente no nuclear dentro de la alianza; y una Irlanda unificada, tal vez fuera de ella.

Además, el Brexit ya acercó a Londres a Washington y al mundo anglosajón. El pacto de seguridad AUKUS es el símbolo más claro de esa orientación.

La Estrategia de Seguridad Nacional de 2025 considera a Estados Unidos el aliado más importante del Reino Unido en materia de defensa y seguridad, al tiempo que busca una mayor cooperación tecnológica y nuclear.

Una Inglaterra “aislada” tras un colapso británico podría entonces redoblar sus esfuerzos para fortalecer su relación con Washington, los Cinco Ojos y AUKUS con el fin de preservar su influencia.

Sin embargo, paradójicamente, perder Escocia o Irlanda del Norte también haría más necesaria una cooperación europea más estrecha, precisamente porque una Inglaterra reducida tendría menos fuentes independientes de peso geopolítico, por así decirlo.

La tensión aquí es real: sería más atlantista militarmente, y más dependiente de Europa económica y geográficamente.

Por su parte, el presidente estadounidense Donald Trump ha echado más leña al fuego en Irlanda, como de costumbre. Durante su reciente visita, afirmó que le “encantaría ver” una Irlanda unida y la calificó de inevitable.

Por lo tanto, la fragmentación del Reino Unido podría agudizar la cuestión de Irlanda del Norte, reforzando los llamamientos a la reunificación y aumentando el riesgo de radicalización unionista/protestante y de conflicto irlandés, con elementos religiosos y etnopolíticos.

La doble moral occidental en materia de secesión hace que la situación sea más interesante: la independencia de Kosovo, por ejemplo, fue aceptada por gran parte de Occidente, mientras que el movimiento catalán fue rechazado (por Occidente), al igual que las reivindicaciones de Crimea y el Donbás .

Las circunstancias históricas difieren, pero el principio de autodeterminación se aplica selectivamente según los intereses geopolíticos. El precedente de Kosovo sienta así un precedente que puede volverse en contra de Occidente, al tiempo que expone su hipocresía.

La crisis de unidad dentro del Reino Unido es, por tanto, otro síntoma de la crisis más amplia que se vive en una Europa , una OTAN y Occidente cada vez más divididos .

*Uriel Araujo, doctor en Antropología, es un científico social especializado en conflictos étnicos y religiosos, con una amplia investigación sobre dinámicas geopolíticas e interacciones culturales.

El Maipo/BRICS